

glorias más puras de su vida, cogió prisionero á Narváez, y robusteció su ejército con los soldados y bagajes de éste. Entre tanto una imprudencia del capitán Pedro de Alvarado, al cual había dejado al frente de la pequeña guarnición de Méjico, formada de 140 españoles y algunos aliados, hizo que los aztecas sintieran hervir la sangre de sus venas, y que abrieran los ojos para conocer como los extranjeros habían venido á arrebatárles patria y libertad; y con la energía que les prestaba la nobleza de su causa y el número, acometieron á los españoles, á los que habrían seguramente destruido, si Moctezuma no hubiera contenido á sus vasallos.

Cortés, avisado por Alvarado y Moctezuma, volvió á la capital al frente de 1300 españoles, 2000 tlaxcaltecas y 96 caballos, reprendió severamente á Alvarado por la falta de lealtad, y, comprendiendo lo difícil de su posición, hizo varias salidas por las calles; mas hubiera perecido, á no presentarse Moctezuma en la azotea del palacio vestido de sus insignias reales, para calmar á los mejicanos: durante la arenga del infeliz rey sonó una voz que le llamó cobarde y afeminado; y Moctezuma, herido gravemente de una pedrada, sucumbió al terminar el mes de Junio de 1520. Muerto su protector, emprendió Cortés en la noche del primero de Julio la salida de la capital; pero, avisados los indios, travóse encarnizada refriega. Cortés, haciendo prodigios de valor, y matando á centenares de indios, logró salvar los fosos; y en Popotla, debajo de un árbol denominado *ahuehuete*, que todavía existe, y se conserva rodeado de verja de hierro, se reclinó y derramó amargas lágrimas por los compañeros que habían sucumbido, y porque veía casi deshechas sus ilusiones. Tan espantoso fué el desastre, que los fosos quedaron cegados con los cadáveres de incontables mejicanos, 4000 aliados de Cortés, y 450 españoles; y la historia reconoce á esa

fatídica noche con el calificativo de *Noche triste*. Con solo un puñado de valientes se dirigía Cortés á Tlaxcala á reponer su diezmando ejército y á dar corto reposo á los soldados, cuando en los llanos de Otumba un ejército innumerable de indios le cerró el paso y le presentó batalla. Fiado únicamente en la protección de María Inmaculada, porque le faltaban caballos y municiones, y sus soldados tenían las fuerzas agotadas, acometió al enemigo con tales bríos, que obtuvo la victoria más señalada y gloriosa que se haya visto en esta región. Con este motivo los españoles cantan á María,

Y en Otumba, Granada y Pavía  
Inmortal fué por tí su pendón.

El 13 de Agosto de 1521, fiesta de los gloriosos mártires Hipólito y Casiano, que desde entonces han sido venerados como patronos de la ciudad, Cortés se apoderó de la Metrópoli, y la hizo dependiente de la corona de Castilla. Al dar cuenta de este suceso al Emperador Carlos V, pidió que la región por él conquistada se llamase *Nueva España*, gracia que le fué otorgada. No faltan escritores que dicen, que el nombre de Nueva España confirmado por el decreto de Carlos V, venía de años anteriores. Cuando en 1518 Juan de Grijalba exploraba las dilatadas y hermosas costas de Yucatán, divisaron muchas poblaciones con edificios de piedra, novedad que movió á un soldado á decir que la tal tierra era semejante á España. Y á tan débil principio se debe el nombre dado á este reino.

Los monarcas castellanos nombraron á Cortés Gobernador y Capitán general de las nuevas posesiones. Poco tiempo más tarde, víctima de la envidia, hubo de regresar á España, viviendo en Sevilla olvidado y desamparado de los mismos á quienes había proporcionado colosal fortuna. Un día en que Carlos V salía de paseo



en coche, Cortés subió al estribo. El emperador le preguntó: *¿quién eres?* Cortés contestó con amargo y robusto acento: «*Soy el que os ha dado más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y abuelos*». El emperador no le atendió. Después de Cortés estuvieron al frente de Nueva España tres gobernadores y dos Audiencias, hasta que en 1535 fué creado el Virreinato. Sesenta y seis Virreyes se sucedieron en el mando, y en su mayoría fueron bondadosos, activos, hicieron progresar la colonia; y los nombres de Mendoza, Velasco, Bucareli, 2.º Conde de Revillagigedo... señalan luminosas páginas de bienestar y engrandecimiento colonial. Los frailes y almas generosas predicaron la fe de Cristo, introdujeron con la civilización la rica y flexible lengua de Castilla, y levantaron edificios soberbios, que aun ahora son los más bellos monumentos de la República.

Á principios del siglo XIX se desarrolló en toda América el deseo de la libertad. Eternamente agradecidas las colonias á la madre patria, que les había enseñado la religión, la lengua y la civilización cristiana, creyeron que ya se podían gobernar por sí mismas. Durante tres siglos habían cedido á España el usufruto de sus enormes riquezas; justo era que se sentasen en el festín de los pueblos soberanos y autónomos. En la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura de un pequeño pueblo del estado de Guanajuato, diócesis entonces de Morelia y ahora de León, llamado Dolores, hizo tocar las campanas convocando á los fieles á misa, y lanzó el primer grito de independencia. Esto le ha valido el título de *Padre de la Patria*, que le dan los mejicanos. Sacerdote de conducta poco ajustada á los sagrados cánones, por lo cual había dado en qué entender á la Inquisición, no era genio para la guerra. Llegó á reunir un poderoso ejército, y tomó las ciudades de Guanajuato, Morelia, Guadalajara, donde

á ciencia y aprobación suya cometieron horribles excesos, asesinando á hombres honrados y pacíficos, que no tenían otro crimen que ser españoles ó *cachupines*, como son llamados por apodo los españoles. Á poca distancia de la Capital ganó la célebre batalla del cerro de las Cruces; pero en vez de entrar en Méjico que estaba atemorizado y sin guarnición, se dirigió á Querétaro. Al cabo, fué cogido prisionero y fusilado. Los insurgentes no cejaron: púsose al frente de ellos otro cura, D. Miguel Morelos, que también dejaba que desear como eclesiástico; el cual abrió activa campaña, casi siempre con feliz éxito; pero derrotado en Texmalaca, cayó prisionero, y fué pasado por las armas el 22 de Diciembre de 1815.

La independencia, por más que lo rechacen los liberales, la debe Méjico al insigne Agustín Itúrbide, que, en unión con Guerrero, fraguó el famoso plan de Iguala, que fué el verdadero triunfo de los patriotas. A esto se añadió que el Virrey O' Donojú, recién desembarcado en Veracruz, al ver que era inútil la resistencia, traicionó á su rey pactando con Itúrbide, y en su compañía entró en la Capital de Nueva España. Era el 27 de Septiembre de 1821, fecha que debe considerarse como la más gloriosa para Méjico, ya que en ella se realizó la Independencia. Itúrbide cometió el desacierto de hacerse proclamar *emperador*; pero sólo un año pudo sostener la corona en las sienes y el cetro en la mano; pues el general Santa Ana suscitó la revolución que resultó victoriosa. Itúrbide, que era católico ferviente, abdicó su puesto con generosidad digna de todo encomio, y fué desterrado á Liorna (Italia). Algún tiempo después, regresó de incógnito á Méjico; pero, reconocido al desembarcar en Soto de la Marina, Estado de Tamaulipas, fué juzgado y condenado como traidor por un congreso, y pasado ignominiosamente por las armas: página negra.



de la historia de Méjico, porque no hay título que justifique semejante iniquidad. ¡Al más grande de los héroes de su patria, un congreso, indigno de este nombre, lo hizo morir en el patíbulo! Afortunadamente, la iglesia, que bendice todo lo heroico, recogió las cenizas del bravo y pundonoroso militar, y las guarda en la capilla de San Felipe de Jesús de la Catedral. Con esto su memoria va adquiriendo simpatías, y la actual generación empieza á hacerle justicia, pues cubre de flores su tumba, y celebra modestas exequias en el aniversario de su muerte.

Después, Méjico, como las naciones jóvenes, atravesó una época de pruebas, de guerras civiles, de anarquía. En 1847 los Estados Unidos, con su táctica acostumbrada, hicieron que se sublevaran los habitantes de Tejas, prestándoles recursos pecuniarios y municiones; y de este modo se hicieron dueños de la Alta California, de Tejas y Nuevo Méjico, es decir, que arrebataron á Méjico 94.600 leguas de terreno fertilísimo. Entre tanto las discordias civiles seguían aniquilando el país. Á esto se añadieron las discusiones religiosas. Cuando en 1857 subió á la presidencia D. Benito Juárez, calificado por los liberales avanzados de *Benemérito de las Américas*, dictó las tristemente célebres leyes llamadas de Reforma, vigentes aún, que separan á la Iglesia del Estado, dejando á la primera en la amarga condición de esclava, sin poder adquirir bienes de ninguna clase: los mismos templos se consideran propiedad de la nación, se prohíben las funciones públicas del culto, los sacerdotes no pueden usar el traje talar si no en las iglesias. Fueron disueltas las comunidades religiosas, y se confiscaron sus bienes. Las heroicas hermanas de la caridad fueron expulsadas del país. Y quien estas medidas tomaba, debía su educación y su valer á un benemérito sacerdote de Oajaca, guardián del convento de San Francisco;

pues Juárez, de pura raza indígena, había quedado huérfano de padre y madre, y hasta la edad de doce años no sabía leer ni escribir. Forzoso es concederle gran talento, que si le hubiera empleado en sostener los principios religiosos, habría labrado la ventura de su patria.

Para colmo de desgracias, á consecuencia de haberse negado el gobierno mejicano á pagar sus deudas exteriores, Francia, Inglaterra y España trataron de invadir el territorio de la República en 1861. Las dos últimas naciones con buen acuerdo se retiraron. Sólo Francia siguió en la lucha. De aquí resultó que fuera elegido emperador un archiduque austriaco, Maximiliano de Habsburgo, en el cual pusieron su confianza los buenos. El infeliz emperador, en vez de revocar las leyes de Reforma, las mantuvo, queriendo con esto granjearse las simpatías de los liberales; pero resultó que los católicos le retiraron la confianza, y los liberales se levantaron en armas, le derrotaron en Querétaro, y lo pasaron por las armas en el famoso cerro de las Campanas.

Por fortuna en 1877 entró á gobernar la República el general D. Porfirio Díaz, que ha devuelto la paz, y en su gobierno de veinte años lleva á Méjico por las vías del progreso.

Indicaremos sumariamente los beneficios reportados por Méjico en el cuarto de siglo que lleva de paz y tranquilidad.

La población ha aumentado, contándose hoy cerca de catorce millones de habitantes, de los cuales cinco millones son indios. La agricultura ha tomado singular incremento. Los productos de los campos y bosques ascienden anualmente á la enorme suma de 262 millones de pesos, siendo uno de los elementos principales de cosecha el maíz, cuyo producto se ha evaluado en 87 millones de pesos.



La industria, fomentada en su máxima parte con capitales extranjeros, se encuentra en estado floreciente.

Hay fábricas de diversas especies, siendo dignas de singular mención las de tejidos de algodón, que son 144 con unos 28.000 obreros. Á pocos kilómetros de Guadalajara, en el pintoresco sitio llamado El Salto de Juanacatlán, existe una de estas fábricas, que puede competir con las mejores de otros países.

Se han facilitado las vías de comunicación. La red ferroviaria se compone de 14.000 kilómetros, la telegráfica de 70.000 kilómetros y la telefónica de 36.000 kilómetros. Hay cerca de 2000 oficinas postales.

El comercio de exportación asciende á 160 millones de pesos y á 65 millones el de importación.

La instrucción pública está bastante desarrollada. Existen 12.000 escuelas con 600.000 alumnos matriculados. Hay además 41 escuelas secundarias y 60 profesionales, á cuyas cátedras asisten 11.000 alumnos. Existen además 36 museos, 141 bibliotecas públicas, y ven la luz pública cerca de 600 periódicos.

Lástima que estos beneficios no alcancen á los indios, que se manifiestan todavía reacios á la civilización. Son laboriosos, fuertes y sufridos; pero viven en la miseria, sin nobles aspiraciones, ejerciendo en las ciudades oficios humildes con retribución escasisima. Forman un contraste triste con la opulencia de los edificios y con la cultura de los demás habitantes. Ojalá que pronto llegue para ellos una era de regeneración.

## II

### LA CAPITAL DE MÉJICO

Méjico es una de las ciudades más bellas, importantes y populosas de la América latina. Se halla asentada en el centro de una alta y circular meseta, cuya super-

ficie mide 4214 kilómetros cuadrados, á cuatro kilómetros y medio del lago de Texcoco. Su posición geográfica es 19° 36' 26" de latitud norte y 99° 6' 39" de longitud oeste del meridiano de Greenwich. Aunque situada en la zona tórrida, su clima es muy benigno por encontrarse á 2282 metros sobre el nivel del mar. Su temperatura media es 15° 4'. En el invierno brilla en su cielo azul, completamente despejado de nubes, un sol espléndido. Á eso se debe que en todo tiempo los jardines de sus plazas y paseos ostenten gayas flores, sobre todo gardenias. La población es como de 400.000 almas.

El viajero, que viene á la ciudad, no puede menos de admirar calles anchas y largas con pavimento como de salón, cruzadas por innumerables tranvías eléctricos, magníficos paseos, elegantes edificios, públicos y particulares y bien montados establecimientos científicos y literarios. Entre los paseos sobresale el de Colón, ó de la Reforma, ancha calzada de tres mil metros de longitud, que termina en el parque de Chapultepec, en cuyo centro y en un montecillo se alza el castillo, que es la morada de verano del Presidente de la República. Tiene elegantes glorietas, dobles hileras de árboles y está cercada de elegantes edificios, pues es el camino preferido de los ricos y de los extranjeros. Á ambos lados de esta calzada hay estatuas de los hijos más esclarecidos de todos los Estados. También se encuentran allí la estatua ecuestre de Carlos IV, rey de España, obra del insigne D. Manuel Tolsa, y es la obra de arte más hermosa y monumental que posee la ciudad; la de Cristóbal Colón, y el monumento á Cuauhtemotzin. Sitio ameno dentro de los muros de la ciudad es la Alamedal vasto paralelogramo de 452 metros de longitud por 217 de ancho. Más de 1500 corpulentos fresnos forman e, parque, que posee además glorietas, jardines, fuentes, estatuas.